

física cartesiana. Dicho en otras palabras, Hume deriva del PEF su pluralismo contingente y su escepticismo.

Como consecuencia de esto elimina el esencialismo cartesiano del área de lo físico y de lo mental. En lugar de esencias necesarias pone el hábito y la costumbre, y en vez de la especulación *a priori* las relaciones causales contingentes que tienen que descubrirse en la experiencia. La exposición resumida de su teoría causal constituye un *locus classicus*.

Hume era sumamente consciente del poder destructor de su pensamiento frente a los prejuicios cartesianos en boga. En el *Abstract* menciona explícitamente a Descartes y ataca frontalmente su teoría sustancial de la mente y la secuela (implícita) de ella, a saber, su teoría de la identidad personal. Lo importante del argumento de Hume es que emplea el mismo lenguaje subjetivo e introspectivo —es decir, el PEF— de los cartesianos para negarles que la mente constituya una entidad y que esa entidad constituye la identidad de las personas.

Hume se concibe a sí mismo como revolucionario en un sentido comprensivo. No sólo cambia una concepción especulativa sino que nos invita a considerar a la luz de su tesis de la contingencia nuestro pensamiento moral y la idea de nuestra libre agencia. Su teoría atomista y causal arroja nueva luz en la comprensión y explicación de las pasiones y su aceptación de la contingencia de toda relación causal nos permite seguir pensando en nosotros mismos como sujetos de acción libre.

Hume partió del PEF para introducir su teoría de la causalidad y su anti-esencialismo. Esta manera de proceder es errónea y vicia muchos de sus argumentos. Nosotros, sin embargo, podemos eliminar el PEF y quedarnos con gran parte del resto.

La edición del *Abstract* aparece facsimilar con la traducción frente al texto original. El cuaderno es otro ejemplo de la pulcritud y buen gusto a que nos tienen acostumbrados las ediciones de *Teorema*.

ENRIQUE VILLANUEVA

John Perry (ed.), *Personal Identity*. Berkeley: University of California Press, 1975, vi + 248 pp.

El tópico de la identidad personal constituye un suculento deleite para los filósofos. Cuando uno habla de identidad personal parecen ilimitadas las consideraciones y conclusiones a las que se puede llegar. Naturalmente, John Perry no pretende agotar el tópico de la identidad de las personas sino proveer una introducción a los temas

centrales del mismo. A Perry le parece que la idea de que la identidad de las personas consiste en la identidad de sus cuerpos es una idea simple que no puede sostenerse a la luz de la posibilidad de intercambios (y cambios) totales o parciales de cuerpos. Estos cambios los imaginaron Locke, Butler y Reid pero la ingeniería biológica moderna ha aportado pruebas suficientes para convencernos de la realidad de los mismos. Y puesto que ello es así, Perry considera que el camino queda abierto para proveer teorías acerca de la identidad personal, es decir, teorías no simples, teorías que expliquen con fecundidad nuestras atribuciones de personalidad y esto es lo que intenta su antología. Perry quiere poner a disposición del lector interesado los puntos de vista de los filósofos que defienden versiones alternativas a la versión simple de aquello en que consiste la identidad de las personas. Esas versiones son antiguas y contemporáneas, lo mismo que las objeciones que les han presentado. A satisfacer estos propósitos responde la composición del libro. Veamos.

El libro está compuesto de seis partes. La primera está constituida por una introducción del propio Perry. En la segunda se ofrecen tres versiones de la teoría de la memoria como principio de la identidad personal, a saber, la de John Locke expuesta en el capítulo 27 del *Ensayo*, la que defiende Anthony Quinton en su artículo "The Soul" y la de H. P. Grice en su "Personal Identity".

En la tercera parte, selecciona cinco aportaciones en las que se critica la teoría de la memoria. Aparece la refutación clásica del obispo Butler en el apéndice "Of Personal Identity" y la secuela de esa refutación por Thomas Reid en dos capítulos del tercero de sus *Ensayos*. Pero también aparecen dos críticas contemporáneas, una por Sydney Shoemaker en un artículo titulado "Personal Identity and Memory" y otra por el mismo Perry en el artículo inédito "Personal Identity, Memory, and the Problem of Circularity".

En la cuarta parte hay tres selecciones del *Tratado* de David Hume que Perry titula como el abandono de la identidad personal. De este abandono se siguen consecuencias importantes, como por ejemplo, para la sobrevivencia. De ella se encarga la parte quinta en la que aparecen Bernard Williams por un lado, con "The Self and the Future" y por el otro, Derek Parfit con "Personal Identity".

Finalmente, en la sexta parte se aborda el problema de la unidad de la conciencia en donde Thomas Nagel contribuye con "Brain Bisection and the Unity of Consciousness". El libro cuenta con una lista de sugerencias para aquellos que deseen conocer otras opiniones acerca de estos problemas. En lo que sigue voy a comentar brevemente sobre el contenido de esos artículos y selecciones.

La introducción por Perry explica en forma concisa y accesible los problemas a los que debe darse una respuesta, a saber, ¿bajo

qué condiciones pertenecen a la misma persona varias experiencias simultáneas? y ¿bajo qué condiciones son los estadios-persona estadios de la misma persona? Perry examina las respuestas de Locke y expone cómo podría salvarse su opinión de las objeciones de Butler y Reid aun cuando sólo se trate de una salvación parcial. También examina la tesis de Hume y hace ver que dentro de su escepticismo Hume puede hacer una proposición muy interesante.

Locke ofreció su teoría cartesiana de la identidad personal en términos de conciencia y memoria. Quinton intenta salvar lo positivo de la tesis de Locke y propone una manera de hablar del alma según la cual el alma es algo empírico pero distinto del cuerpo y que la identidad de las personas consiste en la identidad de esas almas. Quinton ofrece una complementación a la tesis de Locke que la libra de los ataques de Reid.

H. P. Grice también defiende la idea de Locke contra algunos ataques. Grice propone analizar la persona como una construcción lógica definida en términos de memoria e intenta salvar el criterio de memoria introduciendo la tesis de los “estados temporales totales”, esto es, el conjunto de las experiencias simultáneas de una persona, tesis con la cual evita algunos contraejemplos típicos.

Butler le objetó a Locke que “misma conciencia” o “misma memoria” presuponen “misma persona” y por lo tanto no sirven para elucidar aquello en que consiste la identidad de las personas. En lugar de ello, Butler propone un sentido “estricto y filosófico” de identidad de acuerdo al cual “misma persona” consiste en “mismo yo o sustancia”. Butler pensó que sólo si “misma persona” significa “mismo yo/sustancia” tendrá sentido hacer responsables a las personas y preocuparse por su sobrevivencia.

Reid sigue a Butler y presenta fuertes contraejemplos contra la tesis de Locke, el más famoso de los cuales es el del oficial galante, ejemplo que negaría la transitividad de la identidad.

Sydney Shoemaker argumenta en contra de que la memoria constituya un criterio independiente de la identidad personal. Shoemaker piensa que la memoria no es en general un criterio en casos de primera persona y que cuando funciona como criterio (en casos de tercera persona) lo hace sobre la base del criterio corporal. Shoemaker quiere eliminar la tesis cartesiana de que hay un criterio no-corpóreo de identidad personal; sin embargo, su tesis del “criterio” en términos de aquello en que nos basamos para afirmar “misma persona” no coincide con la tarea que emprenden algunos defensores de Locke como Grice para quien el problema consiste en ofrecer un análisis de las atribuciones de “misma persona”.

Perry examina el cargo de Butler en relación a la tesis de Grice planteando tres tipos de circularidad y concluye en que Grice puede

evadirlos pero aunque así lo hiciera no se salvaría de la otra objeción de Butler, a saber, que “misma memoria” presupone “misma persona”.

Hume pensó que la idea cartesiana de una identidad mental no era una idea aceptable puesto que no era verificable. De allí partió para explicar el porqué llegamos a la idea de la identidad cuando en realidad sólo hay cambio ininterrumpido; su solución es que son la semejanza y la causalidad en la sucesión de impresiones las que originan la ilusión de un yo sustancial siempre idéntico o de una identidad, en general. Aunque él no lo pretendió así, su explicación se traduce en una teoría acerca de la identidad de las personas. Empero, en un apéndice añadido posteriormente, Hume rechaza esa teoría suya y se torna agnóstico con respecto a esas identidades. Ese agnosticismo surge de una serie de confusiones a la base de las cuales está la epistemología originada en Descartes.

Bernard Williams parte de casos de trasplante cerebral y presenta fuertes argumentos en favor de poner la identidad personal del lado mental. Sin embargo, introduce luego un argumento en el que intervienen las expectativas de lo que uno pueda sufrir y concluye en que las consideraciones mentales no son ni las únicas ni las más importantes.

Derek Parfit muestra que la creencia en la propia identidad hace que se acepte el principio moral del auto-interés como el más racional y que se sufra depresión ante las expectativas del envejecimiento y la muerte. Parfit no tiene argumento contra esto y sólo puede mostrar su implausibilidad. En cambio contra el argumento de Butler de que la sobrevivencia, el recuerdo y la responsabilidad sólo adquieren importancia cuando tenemos una idea rígida de la identidad, Parfit argumenta —sirviéndose para ello de la teoría de los cuasi-recuerdos de Shoemaker— que la cuestión de la identidad puede dejarse de lado —poniendo en su lugar una relación mucho más débil— y cuando esto sucede, muchas presiones vitales desaparecen. La dificultad consiste en ver si esa relación débil que propone Parfit puede eliminar la objeción de Butler* contra las teorías de la identidad personal en términos de memoria.

Uno de los hechos que dan más fuerza a la idea de identidad personal es el hecho de la conciencia. ¿Cómo podría ciencia alguna hacer que abandonemos la idea que tenemos de nosotros mismos como unidades indivisibles? Nagel incursiona en el campo de los neurofisiólogos y nos relata descubrimientos que muestran —en relación a ciertos pacientes— el diferente control del cuerpo que tiene cada uno de los hemisferios cerebrales. Esto da lugar a la suposición

* Cfr. *Crítica*, Vol. VII, Nº 21, diciembre 1975, p. 123.

de cohabitación mental. Al tratar de decidir si se trata de una mente o dos, o . . . , etc., Nagel se ve llevado a rechazar la idea de un sujeto mental o sujeto de conciencia. El hecho de que nuestra boca profiera nuestra unidad y simplicidad psicológicas no establece esa unidad y simplicidad. La simplicidad es considerada necesaria por algunos para probar la inmortalidad pero si lo que tratamos es de explicar casos como los que cita Nagel bien puede suceder que esa simplicidad tenga que ser eliminada.

ENRIQUE VILLANUEVA

Uberto Scarpelli (comp.), *Diritto e analisi del linguaggio*. Milano: Edizioni Comunità, 1976, 487 pp.

Acaba de aparecer en Italia, sobre la finalización de 1976, una antología de 17 ensayos de filosofía analítica, en la rama especial de la filosofía del derecho, compilada y prologada por Uberto Scarpelli.

Se trata de un texto importante por varios motivos: (a) reúne artículos aparecidos en diferentes revistas o volúmenes, en distintas partes del mundo, a lo largo de veintisiete años; (b) la mayor parte de ellos son ya clásicos en su género; (c) los catorce autores elegidos representan las áreas geográficas más importantes de la justilosophía analítica: la escuela oxoniense, la escandinava, la polaca, la norteamericana, la italiana y la argentina; (d) concentra en un solo texto y en un solo idioma latino, trabajos difícilmente consultables hoy por su esparcidad; (e) representa un material no sólo importante para el estudioso, sino también adaptable a las exigencias de textos universitarios serios, representativos y estimulantes; (f) las traducciones han sido realizadas por filósofos del derecho de primera línea y especialistas en cada uno de los temas.

El libro se divide en cinco partes, un prólogo y un apéndice de clausura. En el prólogo, Scarpelli traza una semblanza de las aventuras (y desventuras) de la filosofía analítica en Italia, crecida en la última post-guerra entre quienes se mostraban insatisfechos del neoidealismo (o neoidealismos) local y la fugaz ilusión (tal vez sería más correcto decir "desilusión") existencialista. Scarpelli afirma, no sin razón, que la filosofía analítica representó la cuota de reconstrucción necesaria en un momento en el cual eran importantes "la claridad y la honestidad del intelecto, a través de la claridad y la honestidad del lenguaje" y pasa revista luego a las personalidades italianas que contribuyeron a su desarrollo o que colaboraron con